

Al pueblo declaró lo sucedido ;
Y cosas necesarias proveídas,
Luego volvió por el doctor perdido,
Cuyas fuerzas estaban ya caídas,
Pues en Coro halló recién venido
Al obispo Rodrigo de Bastidas,
Con provision real y poder lleno
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese
A la isla donde era residente,
Entre varones nobles escogiese,
O por gobernador ó por teniente,
A la persona que le pareciese
Ser para tales cargos suficiente,
Y quel dicho doctor fuese privado,
A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,
A la Española yendo ya camino
Para se presentar en el audiencia,
Tempestuoso tiempo sobrevino,
Con tan impetuosa violencia
Y tan exorbitante torbellino,
Que dieron al través en un bajío,
Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y ahogado
Quien de clemencia nunca tuvo jugo ;
Mató sin culpa, y él murió culpado,
Siendo las blandas aguas su verdugo ;
Y aun no sabemos si de su pecado
En tan grave presura le desplugo,
Por ser de tal furor aquel tormento
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia
Para volver adonde residía,
Al Espira dejó con la tenencia
Del gobierno, según él lo tenía,
Muy en conformidad y complacencia
De quien el mismo cargo pretendía,
Por ser prudente todo lo posible,
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,
Fueron á Santa Marta y Cartagena
Gentes del nuevo reino de Granada,
Por el gran río de la Magdalena,
Que de la prosperísima jornada
Hicieron relación no poco llena,
Riquisimas cadenas en los cuellos,
Y fué Pedro de Limpías, uno dellos.

El cual á la Española hizo via,
De esmeraldas la bolsa proveída,
Donde sus hijos y mujer tenía
Y do pensaba rematar su vida.
La fama de riquezas ya corría
Y por las islas dió tal estampida,
Que en vaso de lijera carabela
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,
E ya de Limpías viesan el recado,
Cada cual gime, cada cual suspira,
A causa de perder tan buen bocado :
Levántanse los piés al George Espira,
Y por volver mejor aderezado,
A ver al Limpías su persona sola
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,
Y para no llevar camino ciego
Vino Pedro de Limpías por su guía
Vencido y alentado de su ruego ;
Y entre tanto que mas apercebía,
A Lope de Montalvo mandó luego
Con parte de la gente caminase
Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura
Desde Montalvo hizo su partida,
Espira procuró poner en cura
De su persona la salud perdida ;
Mas no se le quitó la calentura
Hasta tanto que le quitó la vida,
Y así no procedieron los conciertos,
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,
Lamentacion y tierno sentimiento,
Y aun en cabellos de madejas de oro,
Pues no faltó de damas ornamento ;
Y en el templo de la ciudad de Coro
Celebraron aquel enterramiento,
Do por don Joan Robledo le fué puesta
Una letra latina como esta.

Mole sub hac Formuth requiescunt ossa Georgi
Qui invisus factis, carus erat Superis.
Nominis fortis erat, superabat nomina factis,
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Más á su nombre venia
Yace George Formud, La grandeza de su hecho,
Vaso lleno de virtud, Fué de la ciudad de Espira,
Mas vacío de ventura, De alemana parentela,
Ser varon de fuerte pecho Y dentro de Venezuela,
Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido
Do dije y en la tierra circunstante,
Supo ser el Espira fallecido,
Y sin avío ni favor bastante,
De todos los soldados compelido,
Procuró de pasar mas adelante,
Y llegó con la gente memorada
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,
Pero no quiso ser en el concierto,
Antes con una breve compañía
Luego determinó volver al puerto,
Como quien el gobierno pretendia,
Que por su gran valor lo tuvo cierto ;
Y porque son prolijos sus procesos,
Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,
Computadas las vueltas del esfera
Donde febea lumbre se aposenta,
Tomando del oca la carrera,
Eran mil y quinientos y cuarenta
Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia
Hombres valerosísimos regia,
Su seso, su valor y su prudencia
La falta de los días encubria,
Donde mostraba bien la descendencia
Generosísima de do venia ;
Cuya virtud muy mas notoria fuera
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,
Y publicadas estas provisiones,
Quiso ver otra vez el Papamene
Y escudriñar de choques los rincones,
Por parecer á todos que conviene
Ver el remate de sus poblaciones ;
Y con algunos para tal efeto
Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese
Y la gente mejor se sustentase,
Y el resto de soldados lo siguiese
Después que cada cual se preparase,
Dejóles orden antes que se fuese,
Y diestro capitán que los llevase ;
Mas antes que saliese del asiento
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpías era
Principal adalid á maravilla,
Alcalde mayor Pedro de Ribera,
Un noble caballero de Sevilla,
Y Naveros llevaba la bandera,
Deudo del contador de aquella villa,
El Arteaga, principal caudillo,
Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemano,
Hijo de generosa parentela,
También Diego de Montes, cirujano,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Con ellos Joan Dominguez Antillano,
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,
Valdomeda, Briceño y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,
Y el de su natural Joan de la Rosa,
Cada cual de los dos tan buen guerrero
Que podian fialles cualquier cosa ;
Ansimismo volvió por compañero
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,
Con otros que porremos en historia
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,
Hoy en aquella tierra tesorero,
Que por su gran valor y fuertes brios
Bien podia tener lugar primero,
Como quien en sangrientos desafíos
Nunca dejó de ser el delantero ;
El cual también en las demas entradas
Habia hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebido
Los que seguian el guerrero bando,
De la ciudad de Coro van saliendo
Para do los estaban esperando :
Arteaga los anda recogiendo,
E yendo con cuarenta caminando,
En unas angosturas, girabaras
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,
Picáronles las flechas y arpones :
Hirieron á Trebejo y á Cataño
Pasándole las armas y riñones ;
En indios de servicio hacen daño
Quitándoles algunas municiones.
Crece la furia deste torbellino
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga
Para poder salir del angostura,
Húbose de apejar el Arteaga,
Y fué subiendo por aquel altura,
Vestido de escopil, espada y daga,
Cubierto con el monte y espesura,
Hasta tomar el alto de la frente
Que tenia gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron
Tras Arteaga ya gente rompida,
Los cuales de tal suerte pelearon
Que los indios pusieron en huida :
Espadas ensangrientan, y cobraron
Hacienda que tenían ya perdida ;
Salieron todos luego del estrecho
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,
Cuya herida fué mas intestina,
Pues para clara muestra de su daño,
Por el mismo camino de la urina
Salía presurosa por el caño
No poca cantidad de sangre fina ;
Pero la cura fué por tal concierto
Que de heridas fué ninguno muerto.

Sigue mas adelante su camino
El Arteaga con los que llevaba,
Hasta tanto que ya con ellos vino
Donde Filipe de Uten esperaba :
Viendo después que para su destino
El resto de la gente no llegaba,
Mandó volver á Coro seis soldados,
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas
Para llegar á los marinos puertos,
De girabaras, gentes atrevidas,
Fueron estos soldados descubiertos ;
Que puesto que vendieron bien sus vidas,
Al cabo todos ellos fueron muertos,
También Pacheco, padre de doña Ana,
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,
Ignora la desgracia sucedida,
Muchos meses vivió con esperanza,
Su gente fatigada y afligida ;
Y así viendo ser grande la tardanza,
Con ciento y doce hizo su partida,
Pues hacer otra cosa no podia
Por la gran hambre que se padecía.

Pues á miseria y anihilamiento
Era venida toda la grandeza
Que solia tener cualquier asiento,
Y tales los extremos de pobreza
Que cimruocos eran alimento,
Fructa que tiene forma de cereza,
Y aun estos en los montes ya faltaban
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles
Llevó mas adelante sus soldados,
Con otras desventuras mas terribles
Por hallarse los campos anegados,
Y demás de las hambres invencibles
De tigres todas horas infestados,
Cuyas entrañas fueron sepulturas
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocín que estaba descansando,
De todos el mayor y mas crecido,
Llevó mas de cien pasos arrastrando
Un tigre, sin poder ser socorrido :
Después la gente que lo va buscando
Hallaron el pescuezo ya comido ;
Y un Alonso Garcia de Ribera
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado
Y dentro de pajizos aposentos,
Arrebató también otro soldado,
Junto de Villagrán y de Barrientos :
Gritos oyeron dar al desdichado,
Despiertan los que estaban soñolientos,
Ocurre luego cierta compañía
Por dar vida á quien ya no la tenia.

Llegando cerca pues doce cristianos,
Con Villagrán apechugó la plaga
Llevándolo también, y allí cercanos
Gonzalo de los Rios y Arteaga
Luego se lo quitaron de las manos,
Puesto caso que no sin una llaga
Que descubrió los huesos de la frente ;
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarca, se nos cuenta
Estar en un bubio recogidos
Indios en cantidad mas de cuarenta,
Con palos gruesos muy fortalecidos ;
Mas al techo subió fiera hambrienta,
Y sin aprovechar grandes ruidos,
Saltó por la cumbre ya rompida,
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada
Con el rigor que tengo referido,
Dieron en el camino de Quesada
Y Montalvo de Lugo, que salido
Habian deste reino de Granada
Con número de gente bien crecido,
Dejando ya por aquellos desiertos
Cantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,
Y así siguen tras ellos estas gentes
Por un terreno quasi despoblado,
Rodeados de mil inconvenientes ;
Pasaron el Guayayre ya nombrado,
Por caminos y pasos diferentes
De cuando vieron antes esta tierra,
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpías decia, que conviene
Seguir los pasos del amigo viejo,
Y porque por oráculo se tiene
De la gente comun aquel consejo,
Vieron segunda vez el Papamene,
Y pasaron también rio Bermejo,
Do por la hambre ser tan escesiva
Fué milagro quedar persona viva.

Van por tierras de todo bien estrañas,
Sin que reconociesen mejoría,
Rompiendo por tan ásperas montañas
Que cuasi luz del cielo no se vía:
Algunos ranchos hallan y cabañas
Absente dellas toda compañía,
Continuando siempre su jornada
Por rastro de Jimenez de Quesada.

Y así subir la sierra se procura,
Por subidas tan ásperas y malas,
Que para se poner en el altura
Eran bien menester ligeras alas:
Algunas veces van por Peña dura,
Otras con azadon hacen escalas,
Sin sillan y sin fustes los caballos
Para poder mejor encaminarlos.

Quien discrepa por los despeñaderos
Puede de solo Dios ser socorrido;
Camino les dejaron los primeros,
Pero ya lo hallaron destruido
A causa de terribles aguaceros
Con tempestuosísimo ruido,
Que por aquellas ásperas vertientes
Suelen en todo tiempo ser frecuentes.

Así que, las cansadas compañías,
Aquellas asperezas ya subidas,
En lo alto pararon ciertos días,
Por se hallar maíz y otras comidas;
Y aunque las casas de indios ya vacías,
A muchos fatigaron con heridas,
A causa de tener en las entradas
Gran cantidad de puyas soterradas.

Y en las labranzas en el suelo llano,
Do mas acude la cudicia loca,
Y aun dentro del espiga de aquel grano,
Y en la madura fruta que provoca
A que la coja la hambrienta mano,
Con riesgo de los dedos y aun de boca,
No siempre remediado de Minerva,
Pues las mas destas puyas tienen yerba.

Son estos indios grandes carniceros,
Sin reservar hermano ni aun hermana;
Comunicanse desde los oteros
Por percibirse bien la voz humana,
Mas para ir fronteros a fronteros
Han menester salir bien de mañana,
Pues en los altos esta cercanía
Por las profundas vias se desvia.

Y así tres indios desta torpe gente,
Que los cristianos iban acechando,
Dieron con Artiaga de repente
Que revolvió tras ellos braveando;
Y por huir aquel inconveniente,
Del áspero camino, desfilzando
Rodando se hicieron mil pedazos,
Cabezas, manos, piés, piernas y brazos.

Lo cual no tengo yo por maravilla,
Pues ya me vi con seis, gente de flecha,
Viniendo solo por una cuchilla
De sierra, por los lados muy derecha:
Uno tras otro sube la cuadrilla
A causa de la senda ser estrecha;
Dióme su vista luego sobresalto,
Mas consoléme por tener el alto.

A todos fué la vista repentina,
No sé para cuál parte mas molesta,
Mas la mia sería muy aina
Con tener las tres piedras y la cuesta:
El escuadron feroz se determina,
El espada también se hizo presta;
El riesgo no consiente ser tardio,
Y el miedo mio proveyó de brio.

Apechugué con ellos denodado,
Con la rodela y el acero fino:
Apártanse del mozo desbarbado,
Y ocupados de grande desatino,
Van rodando por uno y otro lado,
Dejándome sin matas el camino,
E yo puse los piés en tal concierto
Que no curé de ver si se habían muerto.

Mas quiero concluir lo comenzado,
Volviéndome a la gente detenida,
Los cuales procuraron con cuidado
Buscar alguna buena descendida:
Esta fué con trabajo tan pesado,
Que no fué sin gran riesgo de la vida,
Hincando estacas y cavando tierra
Para mejor bajar aquella sierra.

Y aunque mas procuraban aydallos
Para que descendiesen con gran tiento,
Al fin se despeñaron tres caballos
Que les sirvieron de mantenimiento,
Bajando por peñascos á buscallos
Con notable pasión y detrimento;
Y después de bajar despeñaderos
Dieron en ciénagas y atascaderos.

Lo cual causó grandísima mohina
Por quedarse caballos y cristianos,
Puesto que echaron ramas y fagina
Sin descansar las mas hidalgas manos;
Pero con todo esto se camina
Cuasi desesperados y mal sanos,
Hasta que ya llegó nuestro gentío
A la ribera de un potente río.

Donde hallaron árboles uveros,
Bien conocidos ya de los antiguos,
Que para los hambrientos compañeros
No dejaron de ser buenos amigos,
Por tener sus racimos muy enteros,
Las uvas dellos grandes como higos,
De gran suavidad y cordiales,
Y estos árboles son como nogales.

Fuera del río ya, dicho Montoa,
El cual pasaron trabajosamente
Unos á nado y otros en canoa,
Pedro de Limpias con alguna gente
Acia septentrion puso la proa,
Los otros á la parte del oriente;
Y así de tal manera caminaron
Que en tres meses ó mas no se juntaron.

El Limpias pues guiaba su camino
Por rastro de Jimenez de Quesada;
Los de Filipe de Uten van á tino
Por montañas de tierra despoblada,
Y una noche terrible torbellino
Cargó sobre la gente fatigada,
Del cual poder salir hombre nacido
Se tuvo por milagro conocido.

Por la ferocidad con que venia
El impetu terrible de los vientos,
Agua por alto y bajo combatia
Los miseros cansados y hambrientos;
Ninguno voz del otro percibia,
Ni salen bien formados los acentos,
Y aquel estruendo grave y el ruido
A todos los sacaba de sentido.

Invalenciendo la tormenta brava,
Roba de selvas hojas y matices;
A grosísimos árboles quebraba
De sus ramosos altos las cervices,
Y aquel que de su tronco confiaba,
Al cielo levantaba las raíces:
El remor, el sonido y estampida
Hace que desconfién de la vida.

Segun el gran ruido y alboroto
Parece de demonios ser dominio,
Terrible huracán nada remoto
De los portentos que nos cuenta Plinio,
Y con similitud del terremoto
Del tiempo de Tiberio y de Flaminio:
Mas, ó gran Dios, pues en males tan llenos
La tormenta ninguno hizo menos.

El fatigado y miserable bando,
Sin poder de un lugar hacer desvío,
A Dios de corazon están llamando,
De viéto traspasados y roció;
En tierra de calor están temblando,
Creo que de temor mas que de frío,
Y todos ellos con inmensa gana
De ver el resplandor de la mañana.

Estando con aquel mortal recelo
Que al mas fuerte varon enflaquecia,
Vieron el resplandor del turbio cielo,
Por donde conocieron ser de día;
De lo cual recibió muy gran consuelo
La mas que miserable compañía,
El impetu terrible ya mas manso,
Pero todos ajenos de descanso.

Estando todos ellos empapados,
Prosiguen sus prolijas estaciones:
Los pasos se hallaban ocupados
De las rompidas ramas y troncones;
Arbores prepotentes arrancados
Que ceñir no pudierop seis varones;
No podia pasar rocin ni yegua,
Y esto por mas espacio de una legua.

Por lo mas escombrado buscan via,
Sin concluirse tiempo fortunoso;
Mas con estas zozobras aquel día
Salieron á lugar mas espacioso,
Y Cristóbal de Rivas tomó guia,
Como soldado diestro y animoso,
Con la cual saltaron un asiento
Adonde se halló mantenimiento.

Halláronse comidas de sustancia,
De que se proveyeron los soldados,
Y en obra de una legua de distancia
Treinta pueblos de indios bien poblados:
De Coagoa es la circunstancia,
Provincia de los choques ya nombrados;
Allí por se hallar tan buen gobierno
Pasaron lo restante del invierno.

Entre tanto que el campo se repara,
Salían á correr esta frontera
Mucha gente que aquí no se declara
Con Bartolomé Berzar y Ribera,
Gonzalo de los Rios y Guevara,
Rivas, Olea, Pedro de Herrera,
Y Damián de Barrios y Barrientos,
Hombres que bien probaron sus intentos.

Fuera del campo todas estas gentes
Con los soldados de mayor provecho,
Rancheando por partes diferentes
Sin les acontecer notable hecho,
Conociendo los choques ser absentes
Por indios que ponían en acecho,
Mucha bárbara gente se convoca
A dar en la cristiana, por ser poca.

Ciertos de sus inciertas confianzas,
Encubiertos por montes y quebradas,
Caminan las guerreras ordenanzas
Con paveses y adargas muy pintadas,
Gran número de dardos y de lanzas
Con las puntas agudas y tostadas,
Y dan á mediodía de improviso
En los que reposaban sin aviso.

Y como fuese tanta la ventaja
Que hacían los dardos al espada,
Al buen Diego de Montes y á Gibaja
Hieren de lá primera rociada;
El caso repentino los ataja,
Arma del español anda turbada,
Ocurren luego para los caballos,
Y á gran prisa procuran ensillallos.

Con golpes que le daban los atroces,
Diego de Montes anda fatigado:
Vivo lo llevan, y aun le dan de coces,
Cuasi lo tienen ya supeditado;
Acude para él Joan de Quincoces
Como valerosísimo soldado,
El cual del escuadron lo sacó vivo,
A pesar del ejército nocivo.

Otro gran escuadron por hacer presa
A puerta de un buhio se abalanza,
Mas una mujer fuerte portuguesa
Arrebató en las manos una lanza,
Y lo hizo volver mal que le pesa
Con harto mas desorden que ordenanza,
Y en el conflicto hizo por su parte
Lo que pudo hacer el fiero Marte.

El dardo de los indios es el gallo,
Y las gallinas el espada y daga
De soldados algunos que me callo;
Mas ya Filipe de Uten y Artiaga
Salen armados ambos á caballo,
El escuadron rompiendo desta plaga:
Pero cierto gandul mas atrevido
Al buen Filipe de Uten ha herido.

Allojó del furor el varon fuerte
Por el grave dolor de la herida,
La cual terrible fué, mas no de muerte
Y menos español perdió la vida;
El cual indio, demás de la tal suerte,
La lanza le tenía muy asida,
Y viéndolos andar en este juego
El Martín de Arteaga vino luego.

Y así para venganza deste hecho,
No menos que leon determinado
Atravesóle el asta por el pecho
Y el hierro le salió por el costado,
Haciéndole soltar á su despecho
La lanza, del vivir desconfiado;
Mas antes de llegar eterno llanto,
Tres gritos tales dió que puso espanto.

Conociendo la sucia pestilencia
Ser de su capitán aquellos gritos,
Y como ya tenían experiencia
No ser las picaduras de mosquitos,
Determinaron de hacer ausencia
Dejando los recuentros y conflitos;
Y perdida la furia que se trajo,
Descuélganse por una cuesta abajo.

Fueron del Arteaga perseguidos
Sin dalles un momento de sosiego,
Pero los arcones de podridos
Faltaron, y él también se volvió luego
Al lugar donde estaban los heridos,
Pues fuera mas seguillos caso ciego;
Y en este duro trance, no pequeño
Valor manifestó Sancho Briceño.

Escarmentados pues de las rencillas,
Túvose vigilancia conviniente;
Vinieron luego todas las cuadrillas,
Llegó Pedro de Limpias con su gente,
Que después que bajó por las orillas
Del río de Montoa prepotente,
En busca de Jimenez de Quesada,
No se pudo juntar con el armada.

El cual Quesada, no sin harto gasto
De vidas, y perdido y estragado
De todos sus soldados el gran fasto,
Había por las sierras declinado
Hasta llegar á términos de Pasto,
De gente de Pirú recién poblado;
Y así Limpias por ver estar distante
No curó de pasar mas adelante.

Por llevar cercenados los poderes
Y el número de gente ser pequeño:
Iba con él Naveros el allérez,
También Francisco Sanchez, estremeño,
Y Joan Galán, Leon, Salvador Perez,
Sarmiento, Santa Cruz y Joan Sedeño,
Con otros que serían hasta treinta,
Todos ellos soldados de gran cuenta.

Orilla de Montoa, con pesares
De no hallarse cosa de vianda,
Van indagando villas ó lugares,
Mas no hallaban por aquella banda
Sino ciénagas grandes y balsares
Que perturbaban siempre su demanda;
Y un día por orilla de aquel río
Vieron con indios indico navio.

Los indios mas adentro se metieron,
Huyendo como vieron la cuadrilla,
Mas con señas de paz que les hicieron
Con recato volvieron á la orilla,
O por algun rescate que les dieron
Debióles parecer gente sencilla,
Y así por ruego de los castellanos
Llamaron otros indios comarcanos.

Vino su principal llamado Cathe,
Con mucha gente tan apercebida
Como si fueran para dar combate,
Mas de mantenimientos proveida;
Y así por pocas cosas de rescate
Les dieron oro, frutas y comida,
Y por persuasión de mucha gente
Prometen de volver día siguiente.

Pedro de Limpias pues allí se queda,
Y el día concertado ya venido,
En el monte se mete y arboleda
Para que presumiesen ya ser ido,
Y destos indios guía tomar pueda;
Los cuales, por cumplir lo prometido,
Con número crecido de canoas
Al ya dicho lugar guían las proas.

De dardos y guerreros instrumentos
Los vasos de canoas traen llenos;
Si vienen con rünes pensamientos,
Pedro de Limpias no los tiene menos:
Como gentes no ven, alzan atentos
Los ojos por aquellos anchos senos;
Cathe por recelar casos siniestros
Luego hizo salir dos indios diestros.

Andan por todas partes descubriendo
Aquestas dos espías qué envía,
Y como nada sienten del estruendo
Que hace semejante compañía,
Al Cathe capitán vuelven diciendo
Cómo ninguna cosa parecía,
El cual saltó teniéndolo por cierto,
Con obra de cien indios en el puerto.

Espera cada cual en su galera
Del resto de la gente que quedaba;
La que saltó salió de la ribera
Negocio que la nuestra deseaba,
Y así viendo ya cómoda carrera,
El español salió de donde estaba,
Como halcón veloz por la dehesa
Cuando se abate para hacer presa.

Los indios todos vienen bien armados,
Pero con el asalto repentino
Sus duros tiros fueron ocupados
De terrible temor y desatino:
Fueron por los caballos rodeados
Por una y otra parte del camino;
Hubieron finalmente los cristianos
Al Cathe y otros indios á las manos.

Viendo los que quedaron en el río
Cuán mal les sucedieron estos hechos,
Por los dos indios que con desvarío
No descubrieron bien estos asechos,
De disculpa y razón hecho desvío,
Ambos los traspasaron por los pechos,
Y les quebraron piés, piernas y brazos,
Haciéndolos allí cien mil pedazos.

Luego de sus cornetas hay repique
Para se convocar la gente brava:
Salen del agua todos muy á pique
Proveida de tiros el aljaba,
A fin de libertar á su cacique,
Que ya Pedro de Limpias les llevaba;
De lebreles rabiosos es la furia
Para vengarse de tan gran injuria.

Con protervo furor los van siguiendo,
Infinidad de dardos disparando;
Los nuestros, muchas veces revolviendo,
Rompen el escuadron alanceando;
Los vivos, en sus furias insistiendo,
En gran aprieto ponen nuestro bando;
Mas viendo Limpias ser este debate
Porque soltasen al cacique Cathe,

El agudo cuchillo se adereza,
Y de los otros indios que traían
A uno le cortaron la cabeza,
Y en una lanza puesta, les decían
Ser de su capitán aquella pieza,
Y el rey que demandaban y querían;
Cesó de su demanda la recuesta
Desde que la vieron en la lanza puesta.

Como furor de perros importuno
Que vienen á morder por tales modos
Que para sus defensas es alguno
Diestro varon en menear los codos,
Y si con el espada hiere uno,
Viendo quejar aquel huyeron todos,
Dejando proceder al peregrino,
Sin mas perturbacion de su camino:

Así viendo poner la falsa muestrá,
Pararon los rabiosos escuadrones,
Y á la mano siniestra y á la diestra
Suenan aullidos y lamentaciones,
Dejando caminar la gente nuestra
Guiada de sus mismas intenciones;
Y así tomaron rastros y llegaron
Donde los compañeros invernarón.

Esta venida dió grande contento,
Y dadas de lo visto relaciones,
Determinaron de mudar asiento
Y entrarse mas en estas poblaciones,
Por proceder en el descubrimiento
Y quebrantar soberbios corazones;
Pues suele muchas veces osadia
Suplir lo que la fuerza no tenia.

Deste primer asiento largos trechos
Había, sin labranzas, campo raso,
Que para uso de guerreros hechos
A ellos les hacia muy al caso,
Pero lleno de yerbas y helechos
No menos al oriente que al ocaso;
Ocuparon aquesta circunstancia
Con toda la posible vigilancia.

Y como sea ya vieja costumbre
No comportar el corazón humano
Una sobresaltada pesadumbre
De ver á su contrario tan cercano,
Convocóse de indios muchedumbre
Contra las flacas fuerzas del cristiano,
Y en breve tiempo fueron congregados
Mas de quince mil indios bien armados.

También Cathe huyó por mal recado,
Y con ellos ansimismo se cierra
Avivando furor ya comenzado
E incitándolos para la guerra,
A trueco de se ver allí vengado
De los que lo sacaron de su tierra;
Y según se me dan las relaciones,
Dicen que les habló tales razones:

«No sé si juzgareis á disparate
Lo que digo, señores de Coagoa,
Porque debéis saber que yo soy Cathe,
Señor de las riberas de Montoa,
Cuyas industrias en cualquier combate
No dejan de tener eterna loa;
Mas ó por proprio ó por ajeno yerro
Me hacen padecer este destierro.

«Porque salteadores y ladrones
Que ya teneis en vuestras vecindades,
Debajo de dañadas intenciones
Conmigo celebraron amistades;
Mas luego me pusieron en prisiones,
Descubriendo sus malas voluntades;
Sácanme de mis tierras en cadenas
Sin me las alfojar en las ajenas.

«Y como quien á mal está subyeto
Procura quebrantar la ligadura,
Mis deseos vinieron en efeto
Anoche por mostrarse muy oscura,
Y el caso se me hizo mas aceto
En venir á tan buena coyuntura,
Por entender que para vuestro hecho
Mi venida será de gran provecho.

«Y así quiero yo ser en el concierto
Para participar de vuestra gloria,
Teniendo, como tengo, por muy cierto
Que nunca volvereis sin la victoria;
Pues cada cual está ya quasi muerto,
La poca cantidad nos es notoria,
La cual si yo no hice mal la cuenta
Con mas de diez no llegan á noventa.

«Demas de ser en esto tan sencillos,
De llagas incurables están llenos
Desde las manos hasta los tobillos,
Pues tiene dos y tres quien tiene menos:
Andan chupados, tristes, amarillos,
De corporales fuerzas muy ajenos,
Y el que parece dellos ser mas fuerte
Es el mismo retrato de la muerte.

«Y aquellos en quien ponen ciertas sillas
Do suben con grandísima destreza,
Apretándolos entre las rodillas,
Y son venados en la lijereza,
También podeis contar las costillas
Por ser demasiada su flaqueza,
Y puede quien ganar valor estima
Derrriballo con el que viene encima.

«Así que, pues victoria nos convida,
Sin nos contradecir impedimento,
Apréstese la gente recogida
Y vamos á gozar deste contento:
Pues cuanto mas veloce la partida
Mas presto gozareis del vencimiento:
Muchos y sanos vamos contra cojos,
Y recios y robustos contra flojos.»

Después que Cathe dijo su conceto
Púsose la canalla mas lozana,
Su parecer juzgando por discreto,
Demás de lo tener ellos en gana:
Muévese luego para tal efeto
Otro día siguiente de mañana,
Con tantas lanzas, dardos y paveses
Que henchian zavasas y conveses.

Segun acuden los lascivos ciervos
A las gamitaderas y añagazas,
Y á carne muerta carníceros cuervos
Que por acá llamamos gallinazas:
Con tal ímpetu vuelan los protervos
Haciendo sus comunes amenazas,
E yendo cerca ya de nuestra gente
Dan con dos españoles de repente.

El uno fué Francisco de la Torre,
Al cual agora para que no muera
Su propia lijereza lo socorre,
Mas presto dará fin á su carrera;
El otro miserable que no corre
Allí vido su hora postrimera.
Y el Torre, que escapó, yendo buyendo
A grandes voces; arma! va diciendo.

Los cristianos, que deste rompimiento
Un punto no vivían descuidados,
A las voces acuden al momento
Con las posibles armas preparados:
En dos partes se parten con gran tiento
Peones y caballos mal armados;
A manera se tienden de dos alas,
No sin temor de tantas gentes malas.

Filipe de Uten, Pedro de Ribera,
Al ala de la mano del poniente,
Limpias con la demás gente guerrera
Cayeron a la mano del oriente:
Ordenados así desta manera
Vieron la muchedumbre de la gente,
Tantos paveses, dardos, lanzas tantas,
Como de espesa silva verdes plantas.

Parecióles tener el horizonte
Que por allí divisan encubierto,
Y con grave temor á prima fronte
El mas fuerte se tiene ya por muerto;
Mas tantearon el espeso monte
Cómo viene sin orden ni concierto;
Luego Filipe de Uten, como debe,
Allí habló según el tiempo breve.

«Caballeros, tengamos en memoria
De suplicar á Dios devotamente
Que nos dé de su mano la victoria
Como guerrador omnipotente;
Porque nosotros por razón notoria
Poco podemos contra tanta gente,
Mas do su Majestad pone la mano
El mas alto poder se hace llano.

«Diérame mas temor la gran frecuencia
Del concurso que vemos importuno,
Si no supiera yo por experiencia
El supremo valor de cada uno;
Pues todos los que sois en mi presencia,
Sin que dejemos uno ni ninguno,
Del número que vemos ni otro tanto
No suele fatigarse con espanto.

«Bárbaros son soeces y abatidos,
Cuyos furores hoy serán concluidos;
Conozco ser salvajes atrevidos,
Mas no deben tener guerreros usos,
Pues no vienen por orden repartidos
Sino todos revueltos y confusos;
Y para salir bien de nuestro hecho
No me parece ser poco provecho.»

Viendo los enemigos ya cercanos
No procedió la habla comenzada,
Antes vinieron todos á las manos
Apretando la lanza y el espada:
Los dardos ocupaban los cristianos
Con una y otra y otra rociada;
El aire se rompía con tal grita
Que el águila caudal se precipita.

Francisco de la Torre con sus hechos
Hacia su virtud bien conocida,
Mas rompiendo lugares mas estrechos
Al caballo le dan una herida,
Y á él le segundaron por los pechos,
De que perdió después la cara vida;
Cuyo valor y fuerza fué tan alta
Que su persona hizo harta falta.

Por ser de gran valor y gran consejo
Dolió la muerte deste caballero,
Y dicen ser la causa Joan Trebejo
Por apartarse de su compañero.
Menea pues las armas el mas viejo
Como si fuera mozo muy entero;
Al fin en la batalla peligrosa
Procura hacer mas quien menos osa.

Necesidad al flaco hace fuerte
Ensangrentando la cristiana lanza;
Cada cual quiere mejorar su suerte
Pesándole de ver tanta tardanza:
Los nuestros por librarse de la muerte,
Los indios con deseo de venganza,
Mas por venir revueltos de mal arte
Llevaban sobre sí la peor parte.

Acude luego con sus compañeros
El Limpias, que tardó por buenos trechos,
Porque cayeron cuatro caballeros
Yendo por entre ramas de helechos,
En encubiertos troncos ó maderos
Como si fueran puestos por asechos,
Y esperan los demás por ayudallos
Hasta que ya cobraron los caballos.

Partieron luego con gentiles brios
Alanceando por una ladera,
Mas hieren á Gonzalo de los Rios
Y el caballo de Pedro de Ribera:
Enciéndense sangrientos desafíos,
Ninguno de victoria desespera;
Ansimismo rompiendo por la plaga
Hirieron el caballo de Arteaga.

Resuenan por los valles mas abiertos
Las voces de guerreras confusiones;
De sangre campos verdes ya cubiertos,
Gemidos suenan y lamentaciones;
Huellan caballos sobre cuerpos muertos,
La misma huella llevan los peones;
No pueden numerarse los caidos
Porque dellos montones hay crecidos.

Bien como cuando campo se embaraza
Con mieses sazonadas en calores,
Y por alguna parte de la haza
Entraron encorvados segadores,
Que cortando las cañas hacen plaza
Formando dellas haces muy mayores,
Y aquella silva larga del barbecho
A lugar se recoge mas estrecho:

Ansi de la zavana, que cubierta
Está de la nación feroz y brava,
Arma del Español en la reyerta
Piés, manos y cabezas derribaba,
Y aquella multitud de gente muerta
Los menores espacios ocupaba,
Porque los ya caídos en la guerra
Pocos estorbos ponen en la tierra.

Llegó de nuevo cierta compañía,
A morir ó vencer determinada:
Con tal impetu rompe, que ponía
En gran riesgo la gente baptizada;
Allí ninguno de otro ya confía
Sino de solo Dios y de su espada,
Y ofrecíanse tantos embarazos
Que no bastaba ya fuerza de brazos.

Mas como gentes sabias y advertidas
En los demás recuentos y desmanes,
Ejecutaban siempre las heridas
En los que parecían capitanes,
Corriendo mucho mas riesgo sus vidas
Por venir mas compuestos y galanes,
Viendo que si los tales hacen falla
Aloja de su furia la canalla.

Y ansi, la falta destes conociendo
Los indios á los nuestros mas cercanos
Hincaban por los cuentos, ya buyendo,
Los dardos que llevaban en las manos,
Para que si los fuesen persiguiendo
En ellos se clavasen los cristianos,
Segun suelen con lazos los absentes
Matar los animales inocentes.

Cuando ya demediaba su carrera
Aquel cuya presencia hace día,
Y el uno y otro polo de la esfera
En iguales espacios repartía,
Toda la multitud de gente fiera
Cesó de la demanda que traía,
Metiéndose por montes y quebradas,
Dejando descansar nuestras espadas.

Los nuestros no mitigan sus denuedos
Con ponelles cansancio duros grillos,
Y ansi ningunos dellos están quedos,
Antes mueven aprieta los tobillos,
Mas con intento de ponelles miedos,
Que por gana que tienen de seguillos;
Pero por el peligro circunstante
No quisieron pasar mas adelante.

Dieron gracias á Dios como cristianos,
Que con tan gran victoria los consuela;
Curaron á heridos cirujanos
Y el licenciado Pedro de la Muela,
Que fué de los mas viejos baquianos
De la gobernacion de Venezuela,
En su facultad hombre de substancia,
Y en guerras no de menos importancia.

Pasados los sanguineos efetos
Y trances regurosos deste día,
Los indios estuvieron mas quietos,
Pues á guerra ninguno se movía;
Pero como los hombres son subyotos
A males que la nueva tierra cria,
Demás de fiebres, mal que comun era,
Muchos adolescieron de ceguera.

Demás de sinsabores y de enojos,
Erales el dolor tan importuno
Como si les picaran con abrojos;
Y por ser el remedio tan ninguno
Hubo quien se quedó sin ambos ojos,
Y otros, que es menos mal, con solo uno:
Demás desto, de indios y otra gente
Murieron muchos repentinamente.

Cayeronse también caballos muertos,
Para sus dueños grave desconsuelo;
Otros de lepra llenos y cubiertos,
Otros sin les quedar un solo pelo.
Causaban otros muchos desconciertos
Las malas influencias de aquel suelo:
La sal, que es gran socorro de la vida,
Allí nunca jamás fué conocida.

Viéndose pues de sanidad remotos
Y en el número menos que bastante,
Las ropas y vestidos muy mas rotos
Que los del mas mendigo mendicante,
Hecha consulta, fueron los mas votos
De se volver sin ir mas adelante:
Solo Filipe de Uten y Arteaga
Eran de parecer que no se haga.

Y por muchas razones mas se aprueba
El parecer comun que de los menos,
Por el gran desavio que se lleva
Y todos de salud estar ajenos,
Demás desto, tener por cierta nueva
Estar de indios ya los campos llenos,
Teniendo por locura conocida
Entrar donde era cierta la caída.

Y ansi, como tuviesen en la mano
Para su prolijísimo camino
El apacible tiempo del verano,
La gente se volvió por donde vino,
Aunque para salir al largo llano
Procuraron cortar con mejor tino,
Saliendo destes choques y su tierra,
Sin volver por los altos de la sierra.

Mas cayeron en grandes despoblados
Y en partes espesísima montaña,
Adonde fueron muy menoscabados
Por aumentárseles enferma saña
Que consumió gran copia de soldados,
Hombres que no se daban mala maña:
Destos fueron Gutierrez y Gibaja,
Y antes Francisco Sanchez se aventaja.

Abreviando salidas destes senos,
Hallan los rios como les conviene,
Montoa y el Bermejo menos llenos,
Pues ninguna creciente los detiene;
Tornaron á beber ya muchos menos
Del afamado rio Papamene;
Al fin salió la gente fatigada
A tierra mas alegre y escombrada.

Pero campos de todo bien esquivos,
Y para socorrer á su tormenta
Solos trece caballos llevan vivos;
Españoles no llegan á sesenta;
Adelante prosigue sus motivos
La gente consumida de hambrienta,
Indagando por aquellos rincones
Algunas proveidas poblaciones.

Llevando ya caídas las cervices
Y los colores no como rubies,
Arrimáronse mas á las raices
De la sierra y á tierra de Guaypies,
Donde hallaron copia de maíces
Y muertos cantidad de jabalies:
Hubo sal ansimismo de por medio,
Que fué lo sustancial de su remedio.

Recogieronse mantas de algodones,
Para su desnudez grande reparo,
De que hicieron calzas y jubones,
Que ya tomaran ellos por mas caro.
Captivaron mujeres y varones,
Puesto que dieron ya de día claro,
Y un indio de los puestos en collera
Con el Limpias habló desta manera:

«Bien adevino yo lo que tú quieres,
Porque vuestras demandas son antiguas,
Mas cuán angostos sean mis poderes
No menos que por ojos averiguas;
Mas si también deseas ver mujeres,
Diréte dónde viven maniriguas,
Que son mujeres sueltas y flecheras,
Con fama de grandisimas guerreras.

«Lindos ojos y cejas, lisas frentes,
Gentil dispuscion, belleza rara,
Los miembros todos claros y patentes,
Porque ningun vestido los repara,
Y tienen en las partes impudentes
Mas pelos que vosotros en la cara:
Aquellos solos sirven de cubierta
Para no ver los quicios de la puerta.

«De sus consorcios y congregaciones
Fea, contrechada, manca se destierra;
No quieren compañía de varones,
Ni jamás los consienten en su tierra;
Mas gozan á sus tiempos y sazones
De aquellos con quien ellas tienen guerra,
Y entre tanto que dura la lujuria,
Con ellos cesa la guerrera furia.

«Después deste lascivo regocijo,
Es la guerra de nuevo comenzada
Y el bravo y antiquísimo letijo,
Sin ser el amistad perpetuada;
Y si la manirigua pare hijo,
El padre de quien ella fué preñada
Se lleva; pero cuando pare hija
Sigue la condicion de la vasija.

«Ansi que, si queréis hacer empleo
En cosa de carnales aficiones,
Allí satisfareis vuestro deseo,
Y dareis fin á peregrinaciones:
Este camino es de gran rodeo
Y tiene peligrosos trompezones;
Hay rios ansimismo caudalosos
Que salen de lugares montuosos.»

Estas falsas ó ya ciertas razones
Oyeron todos muy de buena gana,
Aunque las tengo yo por invenciones,
No sin olor de fabulilla vana;
Pero dióme las mismas relaciones
La boca de Francisco de Orellana,
Y agora me refieren lo que cuento
Hombres de lo menor merecimiento.

Es destes Artiaga mayormente,
A quien vivo tenemos este día,
Varon de fe, que se halló presente
A todo lo quel indio les decia:
Es pues mi parecer indiferente,
Por no casarme con opinion mia,
Pues en tan penitissimas regiones
Podria ser que vivan amazones.

Al fin, la gente ya mas reformada,
Determinan dejar aquel terreno
Y proseguir la vuelta comenzada
Por no dejar pasar tiempo sereno:
Eran ya cuatro años de jornada,
Sin que jamás tuviesen día bueno,
Y aun para ir al término marino
Les restaban dos años de camino.

Finalmente, llegaron al Guayare,
Tierra de todos ellos conocida,
Hallaron pueblo donde se repare
La gente, por ir ya desproveida;
Procuran invernar en Churupare,
Buen asiento, mas no mucha comida,
Pero de allí salian los cristianos
A ranchar los indios comarcanos.

Yendo como diez dellos cierto día
A caza de venados por un llano,
Un hombre de caballo parecia
Con lanza de dos puntas en la mano:
Como no fuese desta compañía,
Echaba cada cual juicio vano,
Y como no se mueve y los espera,
Determinaron ir á ver quién era.

Después de ya llegada nuestra gente
Hubo de mucha risa gran tumulto,
Y es porque conocieron claramente
Caballo y caballero ser de bulto:
Desde los bajos piés hasta la frente
De paja y algodón era su culto,
Y desto tantas armas y tan varias,
Cuantas son en la guerra necesarias.

Todos estos ensayos se hacian
Por los indios, que son allí guerreros,
Para perder el miedo que tenían
A los caballos y á los caballeros,
Y con aquellos bultos competian
Como si fueran hombres verdaderos:
Y ansi tenia este los costados
De lanzas y de dardos traspasados.

Después que ya volvieron al asiento
Y del negocio visto dieron cuenta,
Volver sin hallar cosa de momento
Filipe de Uten tiene por afrenta:
Y ansi mandó hacer ayuntamiento,
Donde su voluntad les representa,
Y después que los tuvo ya delante
Hizo razonamiento semejante:

«Quisiera ser igual en elocuencia
A los que en ella fueron eminentes,
Para decir, señores, la excelencia
De todos cuantos sois aquí presentes:
Pues demás de captar benevolencia,
Supieran, si no saben los oyentes,
Que su fuerza y virtud ha sido tanta,
Que sobre ser humano se levanta.

«Pero dejo hazañas sucedidas
Con el honor que cada cual merece,
Por ser en su valor tan estendidas,
Que lengua y aun memoria desfallece:
Basta decir ser tan esclarecidas,
Que sencilla verdad las encarece,
Sin las dorar figuras ni colores
De que suelen usar los oradores.

«Mas quiero contra vuestras opiniones
Abriros lo secreto de mi pecho,
Probando por certisimas razones
Que no va nuestro campo tan deshecho,
Que no pueda, halladas ocasiones,
Efectuar algun insigne hecho:
Las cosas que yo vi con clara lumbre
Me dan de lo que digo certidumbre.

«Porque, ¿dónde jamás hemos hallado
En todas las antiguas escrituras
Haber tan pocos hombres conquistado
Tantas y tan acerbas desventuras?
Unas veces por largo despoblado,
Otras rompiendo grandes espesuras,
Y con hambres é indisposiciones
Subyectar ferocisimas naciones.

«Y no solo tenemos competencias
Con enemigos bravos y sangrientos,
Mas también nos combaten las potencias
De fuegos, aguas, furiosos vientos,
Y tierras de malignas influencias,
Y finalmente todos elementos:
Con todos ellos hemos peleado,
Y de todos nos hemos escapado.

«¿Qué me dicen de Baco, y furia brava
Del grande Macedón que después vino?
¿Qué de cualquiera otro que ganaba
Por su grande valor honor divino?
Pues nunca la comida les faltaba,
Y siempre les sobraba pan y vino;
Siguieran por do vamos su carrera,
Y veamos á ver cómo les fuera.

«Vieran en qué paraba la pujanza
De sus pintadas armas con matices,
Y si les fuera bienaventuranza
Abajar el mas alto las cervices
A sacar con la punta de la lanza
Debajo de la tierra las raices
Para que les sirvieran de vianda,
So pena de morir en la demanda.

«Vieran cómo sufrían fuertes mallas,
Hambrientos y sin copia de sirvientes;
Vieran en qué paraban sus batallas,
A no hallar allí prósperas gentes;
Pues son para nosotros no hallallas
Los mas indómitos inconvenientes,
Y entonces es la gloria y el contento
Cuando de los contrarios hay aumento.

«No son hechos de menos importancia
Los nuestros ni de menos fortaleza;
Mas solamente tienen de distancia
En que, segun comun naturaleza,
A los suyos encumbra la ganancia
Y á los nuestros abate la pobreza,
Y en que cosas tan grandes, siendo pocos,
Emprendellas parece ser de locos.

»Mas si caso fatal nos ofreciera
Donde pudiéramos meter las manos,
El hecho por cordura se tuviera
Y nadie nos juzgara por insanos,
Antes creed que nuestro nombre fuera
Cantado con loores soberanos:
Así que, no es locura nuestro hecho,
Sino vigor de valeroso pecho.

»Mas también, porque todo lo digamos,
Y el fin adonde vamos quede lleno,
Muchos nos culparán como volvamos
Perdidos y las manos en el seno,
Teniendo bien por donde descubramos
En tan amplas regiones algún seno;
Mas ya conozco de vuestro semblante
Lo que queréis ponerme por delante.

»Direisme cómo vais mal proveidos,
Y de los que salimos muchos menos:
Es verdad, mas los vivos tan curtidos
Que no tememos ya rayos ni truenos;
Y siendo, como somos, escogidos,
Mucho mas quiero yo pocos y buenos;
Y también en famélica tormenta
Poca gente con poco se sustenta.

»Cuanto mas que el valor de las Españas,
En todas coyunturas y ocasiones,
Para hacer grandísimas hazañas
Han menester bien breves escuadrones:
Pudiéramos contar cosas estrañas
Si no fuera por alargar razones;
Mas dejo lo que fué con otra gente,
Y trato de las Indias de occidente.

»Tomemos los primeros fundamentos,
Que son los que trajeron los Colonos:
Pues españoles menos de quinientos
Vencieron de contrarios dos millones.
Entre Fernán Cortés en estos cuentos,
Que con mas breve copia de varones
Venció tales recuentos y tan agros,
Que podemos contallos por milagros.

»Si Dios era con ellos, y sin duda
Quiso hacer espaldas á su Marte,
También él nos dará favor y ayuda,
Pues ansimismo va de nuestra parte:
Nuestra lanza no es menos aguda,
Ni tenemos en guerra menos arte.
Páreceme, señores, gran cordura
Tentar por otras vías la ventura.

»Podemos por lo mucho padecido
Tener de gran honor salvo conduto,
Mas es trabajo mal agradecido
Cuando lo trabajado no da fruto:
Llano tenemos largo y estendido,
Y tiempo de verano bien enjuto;
Ya que no por el llano, por la sierra
Descubramos alguna buena tierra.

»Así como son cosas de importancia
Estos descubrimientos que tractamos,
Así requieren gran perseverancia,
Pues muchas veces donde no pensamos
Suelen en tan amplísima distancia
Encubrirse las tierras que buscamos;
Y muchos se volvieron de la puerta,
Donde hallaron otros dicha cierta.

»Ya que, señores, á la costa vamos,
Decidme, ¿qué remedio hallaremos?
¿Qué bienes ó haciendas reservamos
Para que lo perdido reparemos?
Pues muchos nos esperan que volvamos
A fin de que sus faltas remedemos;
Al menos hallareis quien deudas cobre,
Y mal las pagará quien llega pobre.

»Habrà bien cudiciosos mercaderes
Prestos para hacer ejecuciones;
Habrà procuradores y poderes,
Cárcel molestá, grillos y prisiones:
De manera que son mis pareceres,
Por evitar molestias y pasiones,
Que este descubrimiento persevero
A la parte que mas os pareciere.»

El Artiaga, vistas intenciones,
Dijo: «Señores, yo soy vizcaíno,
Y como falto y corto de razones,
Concluyo con decir que ese camino
No lleva ya debidas proporciones,
Antes desproporción y desatino,
Pues en los choques hubo coyuntura
Para seguillo con mayor ventura.

»Mas agora; quién es tan ignorante
Que no conozca gran inconveniente
En el efecto? Pero no embargante
Que mi parecer sea diferente,
Hágase, que yo tengo de ir delante.
Adonde quiera que guíeis la frente;
Solamente declaro lo que siento,
Y no creo que voy fuera de tiento.

»Pues españoles sanos bien sabemos
Ser los menos de nuestra poca gente,
Y aquella fuerza de que nos valemos
Contra furor de bárbaro valiente
Son los caballos, y ocho que tenemos
Los cuatro son de nombre solamente,
Y todos despeados del viaje,
Por no tener ya punta de herraje.

»Y aun para no llevar camino ciego
Es menester también que guías haya:
Aquestas no las hay, pero yo ruego
Que si la falta dicha no desmaya,
Que á cualquiera parte vamos luego
Antes que tiempo seco se nos vaya,
Porque nadie será después bastante
Para volver atrás ni ir adelante.»

Finalmente, de los invernaderos
Dudosos y perplejos se levantan,
Buscan los macos, indios que fronteros
Acia la serranía pueblos plantan:
Dieron en pocos, pero tan guerreros,
Que de pocos caballos no se espantan,
E un gandul de los que hacen plaza
Contra Filipe de Uten desembraza.

El caballo le hiere por el cuello
Con dardo que no fué de mano manca,
Luego para mejor echar el sello
Con otro le segunda por el anca:
Dió mil corcovos sin poder tenello,
A una y otra parte se abarranca,
Anduvo tal á pelo y á pospelo,
Que con el caballero dió en el suelo.

Saltó luego con él el indio maco,
Muy mas ligero que veloce pardo,
Y como ya del golpe ó ya de flaco
Filipe de Uten estuviese tardo,
A manteniendo dió por el sobaco
Una mala herida con un dardo,
Y á no lo socorrer la compañía
Aqueste fuera su postrero día.

Pararon entre tanto que sanaba,
A causa de ser llaga mal segura,
Y así según lo mucho penetraba
Se tuvo por milagro la tal cura;
Pero Filipe de Uten se guardaba
Para mayor dolor y desventura,
Y en la presente lo curó tal mano,
Que dentro de dos meses quedó sano.

Convallecido pues el miserable
De la crúel y penetrante llaga,
Con otro dardo muy mas entrañable
Hirieron á Martino de Artiaga:
Gran tiempo se juzgó por incurable;
Y así sin que remedio se le haga,
Tuvo la punta dentro de lo hueco
Del jáculo mortal crúel y seco.

Herida fué que las entrañas toca,
Y del terrible golpe de la lanza
Flujo de sangre sale por la boca,
Cuyos términos eran destemplanza:
Todos juzgaron ser su vida poca;
El médico mostró desconfianza:
Montes y el licenciado de la Muela
Cada cual de por sí lo desconsuela.

Mas él, con su dolor y desconsuelo,
Dice sus pareceres ser inciertos,
Porque suelen los médicos del suelo
Errar cuando se muestran mas espertos:
«Médico muy mejor es el del cielo,
Pues del sepulcro rescuita muertos,
Y puede su divina Providencia
Usar también conmigo de clemencia.»

Y así, como cristiano preparado,
Vistas de cirujanos dilaciones,
Abrióse las costillas y el costado,
Y en efecto salieron los arpones,
Ausimismo con un olor pesado
Graves y sanguinosas corrupciones;
Y con ser tan, sin cura la herida
En el presente tiempo tiene vida.

Con toda su vejez vive de arte
Que tiene la salud que le conviene,
No sin reliquias del antiguo Marte,
Porque con la memoria dellas pene,
Pues purga siempre por aquella parte
Por cierto cañutillo que allí tiene.
Recién herido pues caminó luego,
Sin que tuviese punto de sosiego.

Porque por todos ya se determina,
Vista ser la tardanza peligrosa,
A gran prisa volver á la marina
Porque hacer no pueden otra cosa;
Con tanta desventura se camina,
Que no puede mi pluma presurosa
Particularizar en esoritura
Tanto trabajo y tanta desventura.

Y pues que van á paso presuroso,
Y ansimismo de ir en seguimiento
Un camino tan largo y trabajosos
Yo me hallo cansado y sin aliento,
Quiero tomar un poco de reposo
Para que pueda con recogimiento
Poner en orden el futuro canto,
Que ya no será canto, sino llanto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo Pedro de Limpías se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Tucuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte.

Pesado mal, terrible pestilencia,
Es en algún gobierno dalle mano
Al que tiene soltura de conciencia
Y solas apariencias de cristiano,
Mayormente si para su demencia
Puede soplar algún favor humano;
Porque viendo que hay quien lo defiende
A todo mal obrar suelta la rienda.

Retrato vivo fué desta sentencia
Joan de Caravajal, el escribano
Que en Maracaibo fué; pues el audiencia
Donde fué relator, siendo mas cano,
Viendo de tantos años el ausencia
Sin acudir gobernador germano,
Por importunidad y favor largo
A él le proveyeron este cargo.

Halló para poblar buen aparejo,
Pues eran de Cubagua ya venidos
El Losada, Villegas y Vallejo,
Con copia de soldados escogidos;
Y porque allí tracté de su consejo
Y por la vía que fueron traídos,
Basta decir aquí tan solamente
Cómo Caravajal tomó esta gente.

Y entró la tierra dentro, confiado
De que el gobierno siempre fuera suyo,
Y en esta tierra como ya cursado
Fundó luego la villa del Tucuyo:
En esto fué tan bien considerado
Que de locura no lo redarguyo.
Pues se perdieron tierras importantes
Por no poblallas otros mucho antes.

Después de gobernar algunos días,
Los señores de la real audiencia,
Informados de algunas demasías,
Envían á tomalle residencia
Al cuerdo licenciado Joan de Frias,
Hombre de buenas letras y esperiencia,
Y para que el gobierno retuviese
Hasta tanto que el rey lo proveyese.

En Coro, do llegó con su libranza,
Se recibió con voluntad sincera;
Tuvo Caravajal dello probanza
Por indios y por carta mensajera:
Aquesta privación y esta mudanza
Sintió su corazón en gran manera,
Y por vías diversas estorbaba
Al Frias el venir donde él estaba.

Antes por le quitar aquella gente
Con que pudiera Frias hacer vía,
Caravajal sagaz y diligente
A un Joan de Villegas les envía
A Coro, que tractó secretamente
Aquello que su parte pretendía,
Persuadiéndoles dejen á Coro
Y prometiéndoles los montes de oro.

Y aun cuántanme personas fidedinas,
Del Joan Caravajal que esto tramaba,
Que hizo cédulas adulterinas
Do la real audiencia decretaba
Que Frias gobernase las Salinas,
Quiero decir, la costa donde estaba,
Y él lo de dentro por el mismo modo,
Y en hecho de verdad fué falso todo.

Al fin, Caravajal se dió tal maña
Cual aquella crúel hija de Niso,
Y aunque Frias sentía la maraña
No le bastó razon ni buen aviso,
De suerte que por falta de compañía
Nunca pudo llegar adonde quiso,
De manera que por aquel partido
Estuvo mucho tiempo detenido.

Perseverando pues en su malicia
Joan de Caravajal y otros livianos,
Un cacique de paz le dió noticia
Cómo venía gente por los llanos:
Envió luego vara de justicia
Para saber quién eran los cristianos;
Volvióse sin los ver quien llevó cargo,
Porque para Cubagua van de largo.

Era Limpías con buena camarada,
A quien el alemán Uten envía
Para ir á la costa deseada
Y ver allá qué novedad había;
Mas dióle Limpías mala cantonada
Sin que cumplierse con lo que debía,
Pues fué acia Cubagua, como digo,
Movido del consejo de un amigo.

Y fué Luis Fernandez atrevido,
Que de los viejos de Cubagua era,
Para cualquier motin apercebido,
Pues aquesta no fué la vez primera;
Así que, Limpías del persuadido
A Cubagua dirige su carrera,
Adonde con los indios mas cercanos
Huvo bien menester entrambas manos.

Veinte lleva consigo, gente rara,
Pues cada cual pudiera ser caudillo;
Entrellos iban Berzar y Guevara,
Pulido, maestre Joan, Barrios, Vadillo,
Que no por voluntad vuelven la cara
Ni menos hacer pueden que seguillo;
Van Valenzuela, Najara, Trebejo,
A quien pesó también deste consejo.

Tuvo crúel recuento con Perima,
Cacique poderoso y esforzado;
Mas Limpías de tal suerte lo lastima
Que de la dulce vida fué privado,
Segun habemos en octava rima
En la primera parte celebrado;
Mató caballos, y murió Pulido,
Y maestre Joan quedó muy mal herido.

Viendo no tener ya mas que rodela
Contra gente de guerra tan pujante,
Dieron la vuelta acia Venezuela
Por no poder pasar mas adelante;
El pobre maestre Joan se desconsuela
Por no poder ser presto caminante,
Que la grave herida no lo deja
E iba fojo ya mas que madeja.

Para traello no tienen caballo,
Y como vuelven cuasi de huida,
Determinaron todos de dejallo
Por no perder por uno tanta vida:
En un rancho procuran abrigallo
Repartiendo con él de su comida:
Quedóse pues en el ajeno suelo
Rodeado de todo desconsuelo.

Considerando sus postrimerias
A Dios de corazon se encomendaba;
Crecen en oracion tales porfias
Que cuasi de comer no se acordaba;
Y á cabo ya de tres ó cuatro dias,
Viendo como la yerba no trababa,
En confianza del favor divino,
Púsose tras los otros en camino.

Hallóse tan lijero como sano
Después de se poner en la carrera;
E yendo caminando por un llano,
Al encuentro le sale bestia fiera:
Invoca luego la potente mano,
Y al tigre dice: «bestia, tente afuera,
Deja desocupado mi sendero,
Que de parte de Dios te lo requiero».

Aquella carniceira pestilencia,
Fuera de lo que tiene de costumbre,
Sus impetus mudados en paciencia
Y su ferocidad en mansedumbre,
Alejándose fué de su presencia
Hasta que ya traspuso cierta cumbre:
Maestre Joan caminó, y al cuarto dia
Topó la deseada compañía.

Holgóse grandemente la compañía,
Y él de loar á Dios punto no cesa:
Vido poco después reinos de España,
Y fué á Jerusalén á grande priesa
Antes de ver las tierras de Alemaña,
Porque debió hacer esta promesa;
Y después, algun tiempo ya pasado,
Lo vieron en Sanlúcar ser casado.

Con descontento pues del mal efeto
De los otros caminos comenzados,
Allegaron á Barraquicimeto,
Donde fueron por indios informados
Cómo Caravajal tiene subyeto
Al Tocuyo, y estar allí poblados
Amigos suyos, principales hombres,
Los cuales declaraban por sus nombres.

Fué Limpias pues la vuelta del Tocuyo
A ver aquella gente conocida:
Del gobierno tractó, y en saber cuyo
El alegría fué muy mas crecida,
Por ser Caravajal amigo suyo,
El cual holgó también con su venida:
De todo dió razon, y demás desto
Dijo Filipe de Uten venir presto.

De cuanto le pidió relacion hecha,
Segun á su negocio convenia,
Tomó Caravajal mala sospecha
Que su gobierno no le duraria:
Todo temor de Dios de sí desecha,
Y cautelosas mañas concebía,
Y así con ciertos hombres de á caballo
Fué su Joan de Villegas á buscallo.

El cual debió de ir con buen intento;
Mas aunque mal intento no llevase,
En efecto fué muy gran instrumento
Con que Caravajal efectuase
De su mas que dañado pensamiento
Lo que le pareciese y agradase,
Pues los dos se tractaban como hermanos,
Y al fin eran entrambos escribanos.

Y aun el Filipe de Uten y el Villegas
Eran compadres, pero ciertamente
En estas confusiones mas que ciegos
Pudo mas la maldad que el ser pariente:
Caminan pues por valles y por vegas
Hasta que se toparon con la gente,
Do fué Filipe de Uten informado
De lo que ya tenemos declarado.

Quisierase pasar con sus varones
De largo con recelo de pendencia,
Mas en Villegas hubo persuasiones
Y aun como de amenazas apariencia,
Y así, sin mas excusas ni razones,
Fué delante de aquella pestilencia;
El cual lo recibió cuando venia,
Con gracia, con honor y cortesia.

Por los cuarenta y seis años corria
De mas de quince números mayores
El soberano parto de Maria,
Que fué reparacion de padrores,
Y el sol el signo Tauro poseía,
Siendo cercana ya pascua de flores,
Cuando Filipe con siniestro hado
Aqueste pueblo vió recién poblado.

Habla Caravajal, y él le replica,
Dan y toman en cosas de interese;
Al fin, Caravajal le notifica
Que por gobernador lo conociese;
El buen Filipe de Uten le suplica
Tan grande sinrazon no pretendiese,
Diciendo: «No me consta ni tal pienso,
Que yo de mi poder esté suspenso.»

Y aun cuasi la restante compañía
Estaba de los mismos pareceres,
Pues del Caravajal ya se sabia
Habelle revocado los poderes,
Segun en aquel pueblo se decia
Así por hombres como por mujeres;
El se hacia fuerte, sin embargo,
Publicando que tiene poder largo.

Respóndele: «Señor, no se litiga
Ser esa potestad larga ó angosta,
Antes vuestra merced aquello siga
Que de su gusto fuere mas apostá;
Pero venimos todos con fatiga
Y con necesidad de ver la costa,
Y así queremos irnos de camino
Hasta llegar al término marino.

El gobernador falso, como viese
Que con su voluntad no respondian,
Ordenó que por fuerza se hiciese
Lo que hacer de grado no querian:
Armada gente hizo que viniese,
Y á su llamado muchos acudian,
Caballos arrendados, y él sin rienda,
Filipe de Uten quiere que se prenda.

Buena cuadrilla pues apercebida
Acometiéronles incontinente,
Mas la del alemán recién venida
Se defendia valerosamente:
Apártanse sin muerte ni herida,
Porque Bartolomé como valiente
Al mayoral rompiérale las venas
A no lo defender sus armas buenas.

Volvióse con su gente sin ganancia,
Pero no sin cautelas de hombre bajo;
También con la posible vigilancia
El buen Filipe de Uten se retrajo
A Guibor, siete leguas de distancia,
Y aun con algunos mas de los que trajo;
De los cuales Vallejo fué primero,
Gregorio de Plasencia y un Romero.

Por evitar algun insano hecho
Entre las dichas dos parcialidades,
Ciertos hombres movidos de buen pecho
Tractaron muchos medios de amistades,
A cada cual dejando su derecho
Con deseo de ver conformidades;
Juan de Villegas pues tomó la mano,
Y Melchior Gubiél, varon germano.

Y Toribio Ruiz, clérigo cura,
Bien creo yo que de maldad inciertos,
Cada cual á las partes asegura
Haciendo desta suerte los conciertos:
Que Filipe se vaya do procura
Con los suyos á los marinos puertos,
Y que á Vallejo se le dé licencia
Y también á Romero y á Plasencia.

Hicieron escrituras sustanciales,
Firmándolas con los gobernadores
Mas de cincuenta hombres principales,
Con gravámenes, fuerzas y rigores
De ser en opinion de desleales,
Infames, fementidos y traidores,
Si por alguno fuese quebrantado
Todo lo dicho, fecho y asentado.

Aquesta paz dolosa concluida,
Con los soldados del consorcio viejo
Hizo Filipe de Uten su partida;
Y el dicho Diego Ruiz de Vallejo
Mala sospecha tuvo ser fingida,
Y así dijo: «Señor, de mi consejo
En esta paz se haga confianza
Del espada, rodela y de la lanza.

Porque Caravajal está subyeto
Tan á la ley de Dios como Antioco,
Por ser sin Dios, sin ley y sin respeto,
Y tiene sus palabras en muy poco:
Es su conciencia la de Bayaceto,
Bellaco juntamente con ser loco;
Tiene malos terceros á su lado
Y así cumple que vamos á recado.

Ayudóle Gregorio de Plasencia,
Y con esto se fueron su camino,
No sin algun recato y advertencia,
Pero no tanta cuanta les convino,
Pues pudieran hacelle resistencia,
Sino que para ir con mejor tino
Envió treinta hombres adelante,
Persona cada cual dellos bastante.

El signo tiene de los dos hermanos
Aquel que da colores al aurora,
Cuando los asechados castellanos
Tomaron la provincia de Carora:
Asientan toldos las leales manos
Sin recelar allí la fatal hora,
Y el contrario con intencion nefanda
Determinó partir en su demanda.

Lleva gentes bien apercebidas
Y para dar batallas buen pertrecho;
Todas tres furias lleva revestidas
En el cruel, bestial y falso pecho:
Haciendas de los otros repartidas,
Sin mirar á justicia ni á derecho,
De ministros infames rodeado,
Unos por fuerza y otros por su grado.

Entrellos Limpias y Luis Fernandez,
Cada cual digno de collar de espartos,
Almarcha, muniquilla vil de Flandes,
Que merecia bien ser hecho cuartos,
Pues si piden castigo yerros grandes,
Todos ellos habian hecho hartos:
Camina pues con estos consejeros
Y grande cantidad de compañeros.

El umbroso lugar de una quebrada
Filipe de Uten toma por asiento:
Anda su gente toda derramada
Procurando buscar algun sustento;
Llegó Caravajal con mano armada
Y con impetuoso rompimiento,
Manda que roben, maten y que prendan
Antes que tomen con que se defiendan.

En cumplimiento deste su deseo,
De buenas intenciones siempre falto,
Prenden al Uten y al Bartolomeo
Estando descuidados del asalto;
Cogen á los demás en el rodeo,
Muy sin sospecha deste sobresalto:
Un portugués llamado Gasparico
Mostró sumo valor y ánimo rico.

Con él estaban muchos detenidos
Como si poseyera gran pujanza;
Pero viendo los otros ya rendidos
Y sobre su rodela tanta lanza,
Allojaron fureros concebidos,
Perdida de socorros esperanza;
Y así para principio de su pena
Entró con los demás en la cadena.

Vidose Diego Ruiz de Vallejo
De seis buenos soldados rodeado,
Mas de no se rendir tomó consejo,
Puesto caso que ya muy fatigado,
Armóse de las armas del conejo
Rompiéndolo con gran furia por un lado:
No Talus, no Filípides ni Ladas
Levantán tan lijeras sus pisadas.

Por bosques altos hace su huida,
Y sus lijeros pasos endereza
A la gente que tengo referida
Por quien aquel camino se adereza;
La sangre descubrió cierta herida
Que le pudieron dar en la cabeza:
De ver ir tanta por jubon y sayo
Sintió grave dolor, mas no desmayo.

Pues de noche con grandes aguaceros,
Que fué de su valor bastante prueba,
Siempre hizo sus pasos mas lijeros,
Sin perder aquel buen tino que lleva:
Alcanzó pues los dichos compañeros,
A los cuales les dió la mala nueva;
Ellos con el recato que convino
Abreviaron á Coro su camino.

Van á Caravajal el mismo dia
El Limpias y el Armacha y otros tales,
Diciendo con furor: que ¿qué hacia
Sin matar enemigos capitales?
Pues gente que faltaba volveria,
Y eran todos soldados principales;
Que mirase con peso y desengaño
Lo que al doctor Navarro hizo daño.

El y todos los otros alterados
Con tales consejeros como estos,
Salen del rancho bien aderezados,
Y muchos dellos á caballo puestos,
Machetes vizcainos afilados,
Verdugos etiopes allí prestos,
Camina la compañía detestable
Contra la compañía miserable.

El sol dorados rayos recogía
Para tender su luz por otra huesta,
O ya podria ser que lo hacia
Por no ver tan mal hecho como este,
Usando del estremo de aquel dia
En que huyó las ollas de Tieste,
Cuando para romper ilustres venas
Llegaron á los cepos y cadenas.

Cuatro sacaron, hombres señalados,
Cuyos cuellos mandaba ser abiertos,
Los brazos atrás puestos y ligados,
Los rostros de mortal color cubiertos;
Viendo los instrumentos preparados,
E ya con certidumbre de ser muertos,
Confesion piden, mas la bestia ciega,
Habiendo sacerdotes, se la niega.

De palabra pronuncia la sentencia
El hombrecillo vil, pecho de perro:
Comienza por Romero y por Plasencia
El impio, crúel y duro hierro;
Mas adelante llega su demencia,
Pues para confirmar mas este yerro,
Mandó luego matar los capitanes,
Que son los dos ya dichos alemanes.

Bartolomé con un suspiro grande
Al Caravajal habla desta suerte:
«Vuestra merced de su rigor ablande,
Y en negocio tan grave se concierte,
Porque no faltará quien le demande
La grande sinrazon de nuestra muerte.»
«Agora lo vereis, dice riendo,
Y cómo del propósito me enmiendo.»